

TALLEYRAND

A Talleyrand se atribuye la cínica idea de que “dividiéndose los hombres en dos grandes clases únicas, los esquiladores y los esquilados, hay que estar siempre del lado de los primeros y en contra de los segundos”.

Lo cierto es que, fuera o no suya esa frase, todos sabemos que en su larga vida política se las compuso de modo que la caída de Luis XVI, la Revolución, el Directorio, el Imperio y la Restauración borbónica, fueron acontecimientos en los cuales desempeñó importantísimos papeles, e, invariablemente, en el partido de los vencedores.

Averiguado parece que su primera gran volte-reta la decidió después de una conversación con el conde de Artois. Este se aproximó a él, siendo Talleyrand abate de Perigord y monárquico por su nobleza de sangre, para lograr su apoyo al trono y pedirle consejo sobre las medidas más urgentes. “Opino”—respondió el abate—“que urge, ante todo, cortar dos cabezas. Ahora basta con dos, lue-

go—si ahora hay debilidades—no bastarán otras muchas”. “¿Y cuáles”, preguntó el de Artois. “La del duque de Orleans, y la de Mirabeau”. “Creo lo mismo que usted”, añadió después de una pausa, el conde; “pero también estoy seguro de que mi hermano no consentirá eso nunca”.

“¿Está usted seguro?”, preguntó con énfasis Talleyrand. “Segurísimo”. “¿De modo que el rey...?” volvió Talleyrand a decir; pero el conde le interrumpió con estas palabras:

“El rey, señor abate, jamás autorizaría estas dos muertes”.

“Pues, entonces, monseñor”, exclamó Talleyrand, hemos concluído. Me paso a los contrarios”.

Cuando se publicaron, hará unos quince años o más, sus “Memorias”, el público sufrió una decepción. Esperábase comentarios picarescos, revelaciones “sensacionales”, como se dice en la jerga periodística del día, sobre la vida íntima de Napoleón I o los escándalos de aquella época, además de grandes secretos políticos. Pero el libro no aportó un solo dato no consignado ya hasta en los manuales de historia para los estudiantes de segunda enseñanza, y en lugar de revelarse su autor el hombre escéptico, sin principios morales, burlón, implacable y veleidoso que su leyenda nos pinta, apareció en el aspecto de un estadista lleno de seriedad y escrúpulos, celoso, principalmente, del cumplimiento de sus deberes, y de la estimación de los hombres.

Mas el personaje legendario quedó en pie. De la

propia manera que Rabelais, no obstante los esfuerzos de los eruditos para reconstruir su biografía como la de uno de los más ilustres y generosos sabios del Renacimiento, será siempre para el vulgo el cura socarrón y divertido del “cuarto de hora”, —es decir, del momento de pagar la cuenta al fondista—y en España se multiplicarán en vano las ediciones de las obras serias de don Francisco de Quevedo, quien será en todo tiempo, ante la imaginación popular, el poeta jocosos de las décimas indecentes y los consonantes desvergonzados, aunque el noventa y nueve por ciento de cuanto se le atribuye en este género jamás saliera de su pluma, Talleyrand continuará siendo en absoluto desconocido bajo el ropaje grave y virtuoso con que se nos quiso presentar en sus “Memorias”, y los franceses y los estudiantes de la historia francesa, verán en él lo que vieron sus contemporáneos: un Voltaire de la política, genio como Voltaire; pero, igualmente, descreído y sin escrúpulos.

Esto revela su fisonomía en el busto admirable esculpido por Dantan, que guarda el museo “Carnavalet” en París. Los ojos entornados, entre adormecidos y voluptuosos, los labios gruesos y sensuales, donde se dibuja una expresión entre risueña y aburrida, los largos cabellos, que caen a un lado y otro con artístico descuido, todo, en suma, indica en su rostro la ironía profunda, la malicia inagotable de que le creyeron poseído los hombres de su época.

Tal parece como si acabara de poner su firma al

pie de la carta que, según cuentan, escribió a su querida Madame de Flahaut, cuando hubo de jurar, como sacerdote, la llamada constitución civil. “Después de tantos juramentos como hemos hecho y hemos roto, después de haber jurado tantas veces fidelidad a la constitución, a la naturaleza, a la ley, al rey, a tantas cosas que existen sólo en el nombre, ¿qué significa un juramento más?”

¡Y cuántas veces todavía fué su destino extender la mano sobre la Biblia o sobre la cruz, para obligarse a lo que sólo cumplió mientras hubo de convenirle! Alguien se ha entretenido en contar—la lista es enorme—esos numerosos juramentos, cada uno de los cuales dibujaría en los labios caídos del gran epicúreo, una sonrisa indefinible...

Poseo el ejemplar número 188 de la edición de 500 que hace dos años apenas se agotó en París en muy pocos días, y a precio relativamente elevado, del librito encantador de M. Louis Thomas, “L’esprit de Monsieur de Talleyrand”, repertorio de todas las frases que a éste se atribuyen, y de las anécdotas más picantes de su vida.

Ahí está de cuerpo entero el hombre de la leyenda, el que traicionó a la República, el que traicionó a Napoleón, y el que, temeroso de la antipatía de Luis XVIII. quien lo toleró por necesidad y lo mantuvo a regañadientes, dijo una tarde al rey, con un gesto sardónico, y cuando el monarca le manifestó el asombro que le inspiraba su habilidad en haber

derrocado una fuerza tan extraordinaria como la de Bonaparte:

“Señor, nada de esa gloria me corresponde; pero sí confieso a vuestra majestad que hay en mí algo muy difícil de explicar y de comprender, pero que, sin duda alguna, produce la desgracia de los gobiernos que me desatienden”.

Las “Memorias” no han destruído esa figura que el espíritu francés, amante de la ironía, se ha complacido, por el contrario, en robustecer. Las respuestas hábiles y rápidas, las frases agudas y cínicas, los “bons mots” de Talleyrand—suyos o no—vivirán eternamente. Pero, en cambio, si las “Memorias” no han logrado borrar al personaje más o menos fantástico de la tradición, lo explican y hasta, para algunos, lo disculpan.

Hay un punto esencial en la vida del gran político, hay un hecho, que él mismo no niega, y es el de sus veleidades. Entre las frases que se le cuelgan y que, como todas las demás, es de autenticidad muy dudosa, se encuentra la de que en el arte del gobierno se deben ajustar los intereses privados del gobernante a los públicos. Y en el comienzo de su libro, Talleyrand dice lo siguiente:

“Llegado a los ochenta años, al traer a mi memoria los actos numerosos de mi vida política, que ha sido tan larga, y al pesarlos en el santuario de mi conciencia, recojo en definitiva este resultado: que de todos los gobiernos a los cuales he servido, no hay ninguno de quien haya recibido yo más de lo

que le he dado; que no he abandonado a ninguno antes de que él se hubiera abandonado a sí mismo; que no he puesto los intereses de ningún partido, ni los míos personales, ni los de mis allegados, en contrapeso con los verdaderos intereses de Francia, los que a su vez, nunca he creído en oposición con los verdaderos intereses de Europa.”

Talleyrand, por consiguiente, en sus numerosos cambios políticos, creyó servir a una sola causa: la de su país; y al volver la espalda a cada uno de los gobiernos caídos, para sumarse a los vencedores, lo hizo después que los propios abandonados por él se habían puesto en contraposición con los intereses de Francia. La forma de gobierno y las personas, le fueron indiferentes. Sirvió a una entidad única y abstracta: el Estado, ya lo representarían la república, o el imperio o los Borbones. ¡Cómoda teoría, inadmisible por una razón, inmensa! ¿Podría haber probado Talleyrand que no le cupo la menor responsabilidad en los errores y hasta en los crímenes de los varios gobiernos a los cuales sirvió bajo tan diferentes banderas?

Conocidas son las mutuas acusaciones que se hicieron él y Bonaparte sobre el asesinato del duque de Enghien, la gran mancha sangrienta de la historia del primer imperio. Y del hombre que creyó indispensable, para salvar a Luis XVI, las muertes del duque de Orleans y de Mirabeau, bien se puede sospechar que también creyera necesaria la de

aquel infortunado, para el reposo de su emperador y dueño.

Siempre, con ocasión de los peligros para la paz de Europa y el “equilibrio europeo”, se han recordado los servicios de Talleyrand a su patria en el congreso diplomático de Viena en 1815. Enormes fueron, sin duda, y le colocaron en la historia a nivel tan alto, que es preciso, para descubrir otro igual, volver la vista al siglo XVII y fijarse en la figura grandiosa de Richelieu. Pero no bastan para redimirlo de las graves culpas que ennegrecen su memoria. Hay causas indefendibles, y la de Talleyrand es una de ellas. Lo más que podría decirse en su favor, como hombre, con todo respeto a su genio, es lo que cuentan que él manifestó una tarde cuando se hablaba muy mal, en su presencia, de su sobrina y amante la duquesa de Dino:

“Señores, no exageremos. Hay vicios todavía que la pobre no tiene.”